

LA FORJA DE REBELDES

Ignacio Martín Baró, S. I.

Hablar de la rebeldía de la juventud es un tópico. Pero es un tópico necesario, ya que la juventud se renueva cada día en un proceso temporal acelerado, que desconcierta a muchos educadores. Los jóvenes de 1964 son distintos de los de 1960, y los de 1966 ya son diferentes de los de 1964. Ya no son los "teddy boys" los que marcan la pauta, sino los jóvenes "ye-ye". Para cuando escribo estas líneas, los "go-go" están desplazando a los "ye-ye", y para cuando salgan a la luz, probablemente será otro el tipo de jóvenes que inquiete al mundo. Y no se nos diga que esta es una mera cuestión nominal, pues esa es la actitud fácil de negar la realidad de una cosa cuando no se entiende. Detrás de los nombres hay hechos, y tras un estilo o una forma nuevos hay un contenido diferente.

Juan José López Ibor, uno de los intelectuales españoles de la actualidad más destacados, publicó recientemente un pequeño tomito, "Rebeldes", en el que analiza con amena sencillez y perspicacia ciertas características constantes de la juventud occidental. López Ibor señala, principalmente, cinco notas: 1) Una discrepancia y ruptura con el mundo e ideología de los mayores: "El joven actual" —llega a afirmar— "es un escéptico frente a los ideales de las otras generaciones". 2) Impaciencia frente a todo: de ahí la prisa, el placer de la velocidad, el presentismo extremado. 3) Autenticidad en todos los órdenes: el joven trata de ser sincero consigo mismo y con los demás. 4) Sexualidad instintiva: el sexo se ha desmitificado y "se satisface el instinto un poco como el hambre". 5) Fruición existencial: el joven quiere saborearlo todo, aunque sea la destrucción y el absurdo.

Frente a esto, López Ibor propugna un robustecimiento de la familia, una restauración de la esperanza, una humilde "fidelidad a lo humano" y, en definitiva, una reivindicación del esfuerzo, del sudor vital humano, que es el que dignifica, eleva y ennoblece. "El hombre cabal —termina diciendo— no ahorra esfuerzo aun sabiendo que un día va él a desaparecer, porque sabe que su vida no habrá pasado sin dejar huellas, por minúsculas que sean y, si tiene la suerte de creer, porque espera que su esfuerzo no sea baldío". Si se me permite traducir esta mentalidad en palabras cristianas, López Ibor aboga por una restauración de las tres virtudes básicas del cristianismo: fe, esperanza y caridad.

El diagnóstico y el tratamiento son, en nuestra opinión, acertados. Bien matizadas estas características, nos definen a la juventud actual en su conjunto. Y decimos bien matizadas, porque hoy como nunca nos encontramos contrastes abismales, y junto al aburrido "go-go", está el apasionado estudiante pobre, que trata de levantarse con una energía y tesón admirables. Algunos rasgos habríamos de añadir desde nuestro punto de vista latinoamericano. Creemos que no se ha estudiado lo suficiente la ingerencia del joven latinoamericano en la política, ni ciertas corrientes reivindicacionistas motivadas por el fuerte contraste social que impone nuestra situación de "subdesarrollados". Sin embargo, en la dialéctica histórica, puede que esto no sea sino un rasgo accesorio, impulsado por las peculiares circunstancias socioeconómicas y, como tal —esperamos— superable y pasajero. Nos interesa fijarnos, más bien, en otro aspecto: el de la rebeldía.

Rebelde —nos dice el Diccionario de la lengua española— es el "que se rebela o subleva, faltando a la obediencia debida". Y, en una segunda acepción, "indócil, desobediente, opuesto con tenacidad". Es decir, que según la lengua castellana, rebelde es el no-dócil, el no-obediente. Según eso, ¿somos justos al aplicar a los jóvenes el calificativo de rebeldes? Examinemos cuidadosamente este cargo, pues debemos justificar toda acusación y más si es grave, como la presente.

Dócil —y volvemos a acogernos al Diccionario— es el "que recibe fácilmente la enseñanza". Luego para que nuestros jóvenes puedan ser tildados de indóciles, hemos de ver primero si reciben nuestras enseñanzas o las rechazan. ¿Qué enseñamos a los jóvenes? Y, ante todo, seamos sinceros: la enseñanza es la más existencial de todas las experiencias humanas. Hablar, dictar conferencias, impartir datos, puede ser una enseñanza, pero puede no serlo. La verdadera enseñanza es una cierta clase de comunión, un acompañar vital del que enseña al que recibe la enseñanza. Un educador, un maestro, lo es verdaderamente cuando muestra con hechos lo que predica. Entonces no es tanto lo que dice cuanto lo que hace lo que influye en el alumno. "Ejemplo os di", les dijo Cristo a sus Discípulos. El refranero castellano expresó la verdad atinadamente: "las palabras mueven, los ejemplos arrastran". El líder arrastra sí, pero

porque va delante. No dice: "Vayan". Dice: "Vamos". Y él es el primero en ponerse en marcha. Y, ante estas verdades pedagógicas, preguntemos: ¿qué enseñamos a nuestros jóvenes? Cinco rasgos palmarios nos da López Ibor de los jóvenes actuales. Veamos si suponen una indocilidad del joven o no.

1) Discrepancia y ruptura con el mundo e ideología de los mayores. Pero, ¿qué ideología hemos impartido a la juventud? ¿Qué les hemos predicado como más deseable en esta vida? Dinero, posición social, placer. El bienestar por el bienestar, el placer como meta definitiva, es decir, el hedonismo materialista más craso. Y si la ideología del mundo de "los mayores" es hedonista, ¿dónde está la indocilidad de los jóvenes? Que ellos, por su mayor vitalidad, sean capaces de descubrir nuevas fuentes de placer, que quieran saborear hasta el absurdo —y quién les ha incitado a ello sino el existencialismo de la peor laya?— no nos debe admirar: es, simplemente, una consecuencia lógica de nuestras enseñanzas. De nuestra enseñanza práctica, se entiende: no importa que se digan cosas muy bellas y elevadas, si nuestros actos desmienten nuestras palabras. No hay indocilidad aquí, sino una docilidad absoluta. Sólo que el joven muestra palmariamente lo que nosotros, más cínicamente, tratamos de racionalizar.

2) Impaciencia frente a todo: prisa, velocidad, presentismo. Asomémonos a una calle, a cualquier hora: todo el mundo tiene prisa. Nadie se detiene. Hay que aprovechar hasta el último segundo. Necesitamos los vehículos más rápidos, los transportes supersónicos. Tenemos prisa hasta para descansar: "aprenda usted a descansar en cinco minutos", es una técnica que ha tenido que concebirse hoy día. Los fines de semana, que deberían dedicarse a un suave reposo, se convierten en los días de mayor ajetreo. El tiempo es lo más presente en nuestra vida —"time is money"— y, sin embargo, huimos del tiempo. No somos capaces de quedarnos con nosotros mismos, solos, en una meditación sencilla, contemplando un paisaje, viendo un atardecer, escuchando un bello concierto. El paisaje nos interesa sólo para filmarlo o fotografiarlo con nuestras cámaras, y al concierto no vamos... porque tenemos el disco en casa. ¿Acusaremos al joven de prisa, de presentismo? ¿Y qué le hemos enseñado nosotros? El padre que regala a su hijo el último modelo de carro deportivo, ¿se admirará de que el joven trate de ponerlo a 200 km. por hora?

3) Autenticidad en todos los órdenes. Y esto sí que no se lo hemos enseñado. Pero lo han aprendido por sí solos. Porque lo que nosotros

hacemos entre bastidores, ellos lo hacen a la luz del sol. Ahí nos duele. Y, para justificarnos, los llamamos rebeldes.

4) Sexualidad instintiva. De esto se ha hablado ya tanto, que huelga el extendernos. Pero no creamos que los jóvenes han matado el tabú sexual. Nosotros lo hemos matado y —hasta ahí está muy bien— ellos se han contentado con asistir a su entierro. Lo malo es que junto con el tabú hemos matado el verdadero amor. Les hemos dado sexo y nada más que sexo, les hemos enseñado que "hacer el amor" se sitúa en el mismo plano que ver una película de cine, tomarse un buen almuerzo o jugar una partida de billar con los amigos. Los jóvenes han asimilado muy bien la enseñanza: hemos puesto el "flirt", el "necking and petting", el amor libre entre otros productos más de nuestra avanzada civilización —unos entre otros—, y el joven los ha comprado como la cosa más natural. Echarle la culpa a Freud y el psicoanálisis es muy cómodo. Y con disculpas más o menos pseudo-sicológicas nos hemos zafado bonitamente de nuestra responsabilidad. Eso es lo que ha recibido el joven, para el que lo sexual, lógicamente, ya no es problema: es moneda corriente.

5) Fruición existencial. Es la consecuencia natural de las premisas que les hemos dado. Y si nos molesta —perdónenos la rudeza porque el joven es capaz de vivir a una intensidad de la que ya no somos capaces nosotros.

Repito mi pregunta: ¿tenemos derecho a llamar rebeldes a los jóvenes? Si rebeldía es indocilidad, es desobediencia, no vemos por ninguna parte en qué se nos estén oponiendo los jóvenes. Sencillamente, siguen con toda su energía, recién estrenada, el camino que nosotros les hemos abierto. Tal vez, a eso podríamos llamarlo "papanatismo". Pero los culpables, en su mayor parte, somos nosotros.

No, no son esos jóvenes de los que tanto nos admiramos y que tanto estudian los sicólogos y sociólogos, los verdaderos rebeldes. Los rebeldes auténticos son los otros, los que no llaman la atención: los que buscan su camino con seriedad y alegría, los que en medio de tanto placer saben encontrar un ideal limpio, los que integran la sexualidad en el amor, los que saben gozar lo mismo de un poniente bello, que de una fiesta —con música moderna, por qué no—, que de una conversación honda y silenciosa con Dios. Esos sí son indóciles. Esos sí son rebeldes. Los otros son rebeldes de mentirijillas. Los fabricamos en serie. Todos los días. Por eso no me extrañaría que mañana apareciera un nuevo tipo de joven "rebelde": nosotros lo estamos forjando hoy.